

## **ALTERNATIVAS DE USO Y ASPECTOS ESTRUCTURALES EN EL FUTURO DE LA DEHESA SALMANTINA**

Los paisajes adehesados representan una de las más afortunadas intervenciones del hombre sobre el medio, desde una perspectiva ecológica. Desde una perspectiva económica, las explotaciones adehesadas están demostrando su rentabilidad y, aún más, su solidez frente a determinadas coyunturas. Sin embargo, el sistema de aprovechamiento de las dehesas salmantinas se puede perfeccionar ordenando mejor los cultivos y aprovechamientos y abriendo caminos en la reforma de algunos aspectos estructurales de la explotación en relación con las perspectivas de futuro del Campo español y de la economía agropecuaria castellano-leonesa. En este sentido, la posición de las explotaciones adehesadas salmantinas es bastante mejor que las de otras explotaciones agrícolas con problemas estructurales muy complicados.

En definitiva, el futuro de la dehesa salmantina debe estudiarse a partir de una triple consideración, en la que las diversas perspectivas están muy interrelacionadas. Así, existe una consideración ecológica irrenunciable, y una perspectiva económica que se desdobra en dos escalas: el puesto de la dehesa en la ordenación económica regional y nacional, y su situación ante una futura integración de España en la C.E.E. A este respecto, merece la pena recordar la actual estructura de cultivos y aprovechamientos en España y el desarrollo agrario reciente del campo castellano-leonés, y la influencia que la crisis económica mundial ha tenido sobre la situación de la economía campesina en nuestra nación.

### **CUESTIONES PRELIMINARES**

Está claro que si bien la situación económica actual no se puede perpetuar (de tal manera es ya evidente que la crisis energética no es algo estructural), sin embargo esta crisis sí ha dejado secuelas que deben asumirse como un hecho irreversible. Así, no se puede abandonar ya la «política» de ahorro energético que se ha impuesto en los últimos años, y esta actitud debe basarse tanto en una ordenación espacial de la producción agraria a escala

regional y nacional, como a un manejo más racional dentro de las explotaciones, aumentando los reempleos y autoconsumos dentro de las mismas.

Jesús García Fernández, refiriéndose a la agricultura (la ganadería no es tratada por él en este caso, por desgracia) ha venido a demostrar que el desarrollo agrario de las provincias que componen la Cuenca del Duero, «por su propio dinamismo, ha estado desajustado a las necesidades del mercado regional. Hoy se encara dentro de él con un estado de superproducción que compromete sus logros. Y el fondo, y también la superficie, del problema es que en lo único que no ha cambiado es en su base productiva; sigue descansando en los mismos cultivos y haciéndolos rendir más. El país no puede, o no debe, soportar este peso muerto; y desde luego, no se le consentirá que lo soporte en un futuro más o menos inmediato. Nuestra entrada en la C.E.E. presenta grandes dificultades a este respecto para nuestra región» (5).

Esta situación se complica teniendo en cuenta a todas las regiones españolas, cuando observamos los crecientes excedentes agrarios con difícil salida al exterior por causa del propio carácter de estos cultivos y también de la escasa agilidad comercial del campo español. Alguno de estos problemas de la estructura de los cultivos son ya muy difíciles de solucionar, y esta situación va posiblemente a empeorar en el futuro si no se adoptan rápidamente medidas dinámicas de ordenación geográfica de los aprovechamientos, solución apuntada también por el profesor García Fernández.

El caso es que, según indicaba el FORPPA, España cuenta actualmente con algo más de 130.000 millones de pesetas en productos agrarios excedentarios; estos productos son, fundamentalmente, carne de vacuno, trigo, vino y aceite de oliva. El excedente en carne «es un hecho coyuntural causado por el hecho de la crisis de la demanda y por la superproducción de carne, consecuencia de la sequía. Aunque parezca un contrasentido, las sequías, al obligar a sacrificar reproductores y disminuir ganado que hubiera debido ir a la cría, aumenta la producción de carne del año en que se produce. La menor capacidad productiva, por disminución del censo, hará que los excedentes sean fácilmente digeribles» (11). Además la carne de vacuno puede tener un mercado muy fácil si los productos son de calidad y relativamente baratos, como se puede llegar a conseguir sin demasiadas dificultades.

Sin embargo, los demás excedentes, además de ser ya crónicos, no parecen contar con una salida comercial tan fácil a los mercados, y su sustitución puede tener efectos sociales muy perjudiciales en ciertas regiones españolas, donde la importancia socio-laboral de algunos cultivos está hipotecando la necesaria modernización de las estructuras del campo.

En definitiva, uno de los problemas más acuciantes de la economía agraria española es que en pocos años ha pasado de ser deficitaria en algunos pro-

ductos, a ser claramente excedentaria, pero los excedentes se producen en productos prácticamente invendibles (¿dónde hay mercado para el aceite de oliva español?) o poco competitivos, porque el aumento de la producción ha venido acompañado por un considerable aumento de los costes. La solución al problema del vino y, en especial, del aceite de oliva (cuestión que, por otra parte, queda un tanto lejos de los objetivos concretos tratados en este artículo) requiere medidas a medio plazo muy equilibradas y compensadas, pero el caso de la competitividad de otras producciones tiene soluciones a corto plazo que nos interesan porque están relacionadas con la economía de las dehesas salmantinas. Y a este respecto, se puede decir que, en general, existen dos tipos de soluciones para hacer más rentables y competitivos los productos agrarios: aumento de los rendimientos por unidad de superficie y reducción de gastos corrientes y estimados. Naturalmente, lo normal es que estas dos soluciones no puedan ir unidas porque, en gran parte, se contradicen; sin embargo, es posible —en cierto grado— hacerlas coincidir.

En efecto, la transformación reciente de la agricultura española se ha llevado a cabo gracias —en especial— a un importante esfuerzo de la modernización en ciertos aspectos técnicos, sin que existiera (al menos de forma tan espectacular) una paralela transformación de la estructura de la explotación y un ordenamiento más razonable de los aprovechamientos. Así se pasó «de una agricultura eminentemente extensiva, autárquica, autosuficiente, con alto grado de aprovechamiento de los recursos naturales renovables, utilización de las razas autóctonas y técnicas eficaces acumuladas a través de siglos de experimentación y práctica (...), a una agricultura intensiva o semiextensiva, fuertemente dependiente del exterior, con un evidente desaprovechamiento de los recursos naturales renovables, con la utilización de una tecnología moderna y eficiente, pero altamente contaminante y consumidora de productos energéticos y con un espectacular incremento de las producciones agrarias» (4). El proceso implicó un aumento considerable de los costes de producción, que se podían conjugar bien en una época de expansión económica, pero la crisis energética puso al descubierto la debilidad estructural del sector primario español.

Ahora, como hemos dicho, el reto económico está en conseguir una mayor competitividad de nuestros productos. Para ello primero es necesaria una buena ordenación de los aprovechamientos, puesto que para que se produzca un aumento de los rendimientos por unidad de superficie sin elevar necesariamente los gastos, es necesario y prioritario dedicar a cada zona los cultivos que le sean más apropiados; tras ello es preciso aumentar la extensión de las explotaciones, elevar drásticamente el número de fincas llevadas en propiedad, y, finalmente, «el parcial retorno, después de la necesaria modernización y puesta a punto, de los sistemas seculares de explotación y aprove-

chamamiento de los recursos naturales renovables de la nación» (4), es decir, una potenciación de los agrosistemas equilibrados poco despilfarradores.

#### LA DEHESA SALMANTINA

La dehesa salmantina es uno de esos agrobiosistemas, con grandes virtualidades ecológicas, como ya hemos puesto de manifiesto en otro lugar (12). No hay que inventarla, está ahí. En realidad, hasta hace poco tiempo no se había descubierto el valor de estas culturas ganaderas, que hay hoy que defender y modernizar, por razones de rentabilidad, tanto medioambientales como económicas; culturas ganaderas integrales como la que supone el adhesamiento salmantino, «en gran parte de Europa ya es imposible resucitarlas y nosotros aún podemos defenderlas contra la indiferencia de los que no las conocen». (15). Para defenderlas es necesario hacer más eficaces estas explotaciones y demostrar su valor en la economía regional, porque aunque es cierto que la dehesa salmantina ha sobrevivido con bastante vigor, también es cierto que ciertos problemas la acucian, problemas que son solubles y que ahora trataremos.

En primer lugar, hay que estudiar el valor de la orientación productiva de la dehesa en relación con el área económica y comercial en la que se va a desenvolver. Sabemos que es la producción de carne la finalidad económica fundamental de la dehesa; también sabemos que esta producción sobrepasa las necesidades del área que la genera, y que estos excedentes van a ir en aumento. Para que estos excedentes tengan fácil salida, la producción tiene que soportar pocos gastos, y además generarse un mercado, organizando no sólo mejor la producción, sino también la transformación de los productos y su comercialización.

Como ya hemos dicho en otros lugares, la virtualidad económica fundamental de la dehesa reside en que produce carne con pocos gastos corrientes, de manera que lo que perseguimos con una reducción de los costes, ya lo tenemos, de alguna manera, conseguido. Ahora bien, es necesario aumentar la producción para mejorar la rentabilidad de estas explotaciones en relación a otras. Esta rentabilidad se puede mejorar aumentando las inversiones, siempre que estas inversiones se mantengan dentro de unos límites, ya que de lo contrario se perdería la situación de privilegio de la ganadería extensiva, que produce, como decimos, el kilogramo de carne con costes inferiores a los que se obtienen en cebaderos. La presión de estas producciones extensivas debería traducirse en el abandono de ciertas explotaciones intensivas, poco rentables y menos plásticas frente a determinadas coyunturas, en las que se utilizan piensos como base alimenticia, y estos piensos «deberían ser destinados

a los pollos de engorde y a los cerdos, ya que son las especies que mayores porcentajes de conversión manifiestan. La producción de carne de vacuno y ovino en base al engorde con piensos compuestos y concentrados supone el modo más antieconómico y despilfarrador de utilizar estos recursos» (4).

No obstante, la competencia de los cebaderos y en general los cambios socioeconómicos de las dos últimas décadas han influido decisivamente en la gestión actual de las fincas adehesadas, que, de alguna manera, se han visto obligadas a acoger más inversiones que las tradicionales, lo que ha supuesto un aumento considerable de los gastos. Tanto es así que se puede afirmar que el problema más patente en la actualidad reside en la manera de ajustar esa tensión que parece haber entre la necesidad de aumentar las inversiones (sobre todo en capital) y la tradicional gestión «autárquica».

En cualquiera de los casos, la orientación productiva básica de las dehesas salmantinas está en consonancia con el futuro, manteniendo la ganadería autóctona y utilizando cruces industriales pero sin caer en la tentación de buscar animales que coyunturalmente demande el mercado; es preferible conseguir productos de calidad y comercializarlos bien, a estar a expensas de los gustos más o menos pasajeros del consumidor.

Es cierto, no obstante, que se está produciendo un cambio en la composición ganadera de las dehesas a causa de presiones del mercado y de la coyuntura económica general. Lo ideal es que la dedicación a ganado ovino, vacuno, porcino o caprino, o su complementación, venga —modas aparte— «más condicionada por las características de cada finca que simplemente por las alternativas de los precios del mercado, ya que de ninguna manera podemos prescindir del medio ecológico en el que va a desenvolverse el animal, y que inevitablemente se va a comportar como factor limitante de la empresa» (16). Porque en los últimos años hemos asistido a una simplificación ganadera que está llevando a la consecución de explotaciones de «monocultivo» ganadero, lo cual no sólo implica riesgos empresariales como consecuencia de una reducción de la plasticidad de estas explotaciones, sino también un despilfarro, ya que al no existir complementariedad de aprovechamientos, no se aprovechan de forma óptima y total todos los recursos.

En este caso el problema (aparte de que la hegemonía del vacuno se debe a la aceptación de su carne y a las escasas necesidades de mano de obra y fácil manejo de este ganado), estriba en el hecho de que la diversificación ganadera complica la gestión en primer lugar y, en muchos casos, además no se da de forma ajustada, ya que bastantes dehesas, por ejemplo, están especialmente dotadas para el vacuno, pero podrían admitir otros ganados en pequeña cantidad, pero esta cantidad no resulta rentable al necesitar el mismo cuidado que rebaños más grandes; asimismo, el aprovechamiento más intenso de ciertos ganados es preferentemente estacional (como ocurre con los cerdos),

o su concurso para el aprovechamiento óptimo de los recursos sólo se necesitaría alguna vez cada ciclo de años (podría ser el caso de las cabras, que podrían ocupar una dehesa cada cinco años para no dejar progresar el matorral). Estos desajustes son a veces difíciles de superar a no ser que se arbitren medidas especiales. En cualquier caso, lo imprescindible es una mejora integral de los paisajes adehesados, y dentro de estas mejoras, lo preferente es un aprovechamiento correcto, y esto es prioritario a la inversión en otras técnicas.

Un aprovechamiento correcto basado en la mejora integral atiende a cuatro puntos fundamentales: el manejo del ganado, la organización espacial de los pastos y su mejora (abonado y majadeo apropiado), el cuidado del monte y el capítulo de las siembras. La mejora en la rentabilidad también puede conseguirse con otras actuaciones (aunque sea prioritario un aprovechamiento o gestión correcto, como decíamos), como cambios en la superficie de las explotaciones, en el régimen de tenencia, como inversiones en maquinaria y construcciones, y con mayor agilización en el campo comercial e industrial. Vamos a referirnos primero a las características que debe tener ese correcto aprovechamiento.

Por lo que respecta al *ganado*, lo primero que hay que tratar de conseguir es frenar la tendencia simplificadora de consumidores domésticos y mantener la ganadería autóctona. Por esto parece claro que es necesario un aumento en la extensión de las explotaciones o establecer intercambios entre explotaciones de distintas características o favorecer la supervivencia del arrendamiento de ciertas producciones a rebaños que acudirían a dehesas con otro tipo de ganado para diversificar su explotación. Porque, como ya hemos afirmado en otros lugares siguiendo a Montserrat, «si los animales deben industrializar un pasto que pronto se pasa, conviene disponer en cada momento del animal adecuado para que limpie los pastos y permita la formación de un renuevo nutritivo» (15). Y los animales más adecuados para la explotación de los recursos de las dehesas son los pertenecientes a las razas autóctonas; en primer lugar, por su rusticidad, de manera que están adaptados a las condiciones medioambientales y son poco exigentes, y además porque son los más capacitados para aprovechar los recursos disponibles, adaptándose a los ciclos abundancia-escasez. Es, en definitiva, un factor de ahorro energético y de equilibrio con el medio, al «utilizar unos recursos naturales que pueden quedar infrautilizados o sin posibilidades de incorporación a la cadena trófica de transformación de materia y energía si no se cuenta con unas poblaciones naturales capaces de movilizarlos» (3). Ahora bien, para que la complementariedad entre las especies de ganado doméstico sea positiva, es necesario ordenar los aprovechamientos, para que, además, se haga efectiva la estabilización y simplificación relativa de los pastizales de las dehesas, de manera que en la mejora del pas-

tizal el primer factor que hay que considerar —antes que ensayos técnicos— es un buen manejo del ganado.

Pero antes de entrar en el sistema de pastoreo, sería conveniente dar unas últimas recomendaciones sobre el ganado. Todos sabemos que, en buena parte, el éxito económico de las dehesas depende del manejo eficaz del ganado, como bien afirma Cruz Guzmán (2), y, a este respecto, hay que tratar de conseguir un buen estado sanitario, unas cubriciones y partos oportunos en el tiempo, una estructura equilibrada del rebaño e intentar aumentar la carga ganadera, porque conviene forzar algo el pastoreo, hacerlo más intensivo, para mejorar la calidad de los pastos y para no permitir la extensión de los matorrales: una de las características dinámicas más acusadas actualmente de los paisajes adeshados.

Por lo que se refiere al *sistema de pastoreo*, se debe tender a forzar la evolución de los pastos hacia majadales estabilizados. Para ello la primera labor consiste en detener la progresión del matorral; para esta tarea es la cabra el animal más especializado, labor en la que el vacuno también tiene mucha importancia, al tratarse de una especie poco selectiva del pasto, como ocurre también con el ganado equino, mientras que la oveja sí actúa en su alimentación de forma muy selectiva (14). Así pues, el ganado vacuno es la especie fundamental en la mejora del pasto basto; el ovino aprovechará los pastos tras el vacuno, y los cerdos deben ser los preferentes consumidores de la montanera.

Los pastos deben aprovecharse de forma bastante continua e intensamente en la época productiva (primavera y otoño), reservando los prados más productivos antes del tardío y la primavera para que el crecimiento sea más fácil y rápido. Se debe llevar a cabo una rotación en los cercados de cada finca, de manera que «el sentido del aprovechamiento debe ser variado cada año, de forma que la iniciación o entrada del ganado en cada uno de los cercados se realice en años sucesivos en distintas fechas» (8). Estos ciclos rotacionales pueden ser de cinco años, siendo conveniente en ese caso segar en primavera la hierba cada año de sendos cercados, cuando sea posible.

Durante el invierno el ganado, aunque puede circular libremente por la dehesa, es conveniente que esté en los lugares más insolados o asolanados, donde es más fácil el rebrote invernal, o en los montes más espesos con pastizal más pobre, donde se vean obligados a actuar como desbrozadores y a favorecer la mejora del suelo y del pasto mediante las estercoladuras y los restos de forraje o paja de la ración de entretenimiento.

En verano el ganado, aparte de utilizar los aprovechamientos estacionales, debe ocupar cercados en que la vegetación herbácea no fue totalmente aprovechada en primavera, con el fin de que no favorezca la erosión introduciendo al ganado en cercados con el suelo desprovisto de vegetación, suelo que

es fácilmente atacado por los procesos erosivos tras el pisoteo del ganado en una época tan seca.

Este sistema de pastoreo puede servir como ejemplo para otros paisajes de la Cuenca del Duero, *paisajes de abandono*, de áreas marginales, actualmente infrautilizados y donde se produce hoy una dinámica progresiva que hay que reconducir aumentando las cargas ganaderas progresivamente, introduciendo primero a las especies desbrozadoras, con ciertos descansos o acotación de parcelas para facilitar, en lo posible, la reconstrucción arborescente y arbórea. Gran parte de las penillanuras liminares del occidente leonés están en esta situación, pudiendo convertirse en el futuro en espacios más equilibrados que generen una economía que permita vivir con la precisa dignidad a sus hombres.

La capacidad de carga ganadera de una dehesa viene dada por la situación de los recursos forestales y pastables y por las necesidades de alimentación complementaria que pueden satisfacerse por la propia explotación. Los recursos pastables son, tal vez, el recurso fundamental de las dehesas, pero no alcanzan normalmente para alimentar durante todo el año al ganado; sin embargo el potencial pastable se puede mejorar, tanto organizando mejor la explotación como mejorando la calidad de las hierbas. La organización espacial de la explotación debe atender a las unidades tipo geofacies y a las diversas situaciones bioclimáticas de los pastos, cuestiones que ya hemos comentado en otro trabajo (12); se tratará, en definitiva, de ir estructurando la explotación según una malla de unidades funcionales.

En principio debe distinguirse entre áreas invadidas por el matorral y que debemos desbrozar y aquellas en que se debe dejar progresar el matorral por ser sectores de geomorfogénesis activa o con una situación poco estable desde el punto de vista erosivo; en estos casos estas áreas deben tener una explotación especialmente mitigada o incluso dedicarlas a fines no exactamente específicos del adhesionamiento (apicultura y caza, por ejemplo), de forma que se favorezca el poder edificador del suelo a partir de la vegetación.

Se trata, en fin, de crear una malla de distinta madurez, diversificando los ambientes, de manera que se preserve la practicidad de la dehesa y no se estimule la erosión. Como bien dice Montserrat, «característica decisiva de la agronomía extensiva será siempre la diversidad estructural, con comunidades intercaladas y distinta estructura de las mismas. En unas partes podremos sembrar forrajeras correctoras de la estacionalidad del pasto; en otras, un pasto estacional productivo, prados regados por lo menos una vez al año, pastos efímeros o de temporada corta, setos protectores siguiendo las curvas de nivel, algunas veces con árboles o bosquetes cortavientos. La estructura forestal superpuesta al pasto es utilísima a la industria pecuaria y permite dirigir al ganado reduciendo el trabajo de los pastores; además provoca tur-



bulencias del aire (aumenta la productividad), frena el viento, aumenta el rocío matutino y cobija al ganado» (14). Como vemos se trata de un modelo estructurado en manera muy semejante a la que presentan los paisajes adehesados.

Una vez conseguido el mosaico o malla de unidades fisionómicas dentro de la dehesa, hay que intentar que cada una de estas unidades tenga validez desde el punto de vista empresarial, facilitando el manejo del ganado al estar cercadas y al contar con lugares para abrevar. Hay que forzar un poco estas unidades aprovechándolas estacionalmente, de manera que la diversificación sectorial, apoyada en la diversidad topográfica y bioclimática de los prados, permita abastecer al ganado durante más tiempo a partir del pasto, que irá así además mejorando progresivamente. Es cierto que interesa conseguir zonas bastante amplias y relativamente homogéneas, «de fácil explotación y especializadas progresivamente. Las majadas admiten ganado casi siempre, sin gran menoscabo de su productividad, son como el comodín de la explotación; el pasto sembrado requiere descansos prolongados, en especial si se aprovecha semillado («grana») en verano. Los cultivos forrajeros se destinan a la conservación. Los pastos bastos deben aprovecharse hasta arrasarlos completamente y dejar después unos períodos largos de recuperación; cada año interesa acortar los descansos, pero de manera progresiva; al final, muchos pasarán a majada productiva o podrán roturarse para siembras» (14).

Así pues, la mejora de la calidad de los pastizales debe perseguirse fundamentalmente a través de la presión del pastoreo; sin embargo, este proceso puede verse facilitado mediante inversiones, gracias a la implantación de praderas y a la corrección y abonado de los suelos. En general tenemos que reconocer que somos bastante escépticos respecto a estas soluciones últimas para mejorar el potencial pastable, tanto por su —en ocasiones— escasa virtualidad, como por los gastos que supone. Sin embargo, en muchos casos puede ser bastante eficaz el encalado de los suelos ácidos sobre los que se asientan las dehesas; para ello habrá que tener en cuenta el pH de cada suelo para ver qué tipo de caliza o marga es más adecuada para la corrección del mismo. Asimismo, habría que atender más al abonado natural, favoreciendo tanto el estercolado de las áreas más oligotrofas como ayudando a una más rápida y completa integración al suelo de las heces animales. Por lo que hace referencia a la implantación de praderas, el trébol subterráneo es la especie forrajera que se considera más positiva en estos intentos, no sin oposición; en cualquiera de los casos, «la diversificación ambiental en cada relieve concreto facilita enormemente la consecución de pastos muy especializados en lugares próximos y nuestra técnica debe favorecer dicha diversificación, evitando cuidadosamente las acciones uniformantes propias de técnicos aculturados» (15). De lo contrario, lo que conseguiríamos sería únicamente romper las posibi-

lidades de diversificación que de forma natural nos proporcionan los paisajes adeshados, acentuando en consecuencia el carácter estacional de la producción de los pastos.

Claro está que estos baches en la producción pueden ser cubiertos por otros recursos de la explotación. Entre éstos, *los recursos del monte* son unos de los más importantes, sirviendo tanto para cubrir baches como para complementar la alimentación en épocas de mediana escasez. Así pues, un buen cuidado del monte no sólo tiene sus repercusiones en las posibilidades de alimentación directa del ganado, sino en las posibilidades futuras a causa de la degradación del potencial pastable (montes arborescentes y matorrales espesos que ahogan el pastizal) y en las rentas procedentes de las leñas y carbones, que no debemos subestimar. De hecho la crisis que ha sufrido la explotación del cerdo ibérico ha tenido mucha influencia en el estado actual de muchos montes, ya que al ser el cerdo el consumidor más rentable de la bellota, al faltar éste se ha abandonado un tanto el cuidado del monte en cuanto a su desmoche y, sobre todo, el olivo, de forma que actualmente encontramos muchos montes de encinos reviejos (con muchos chupones y demasiados carrascos infestantes) con una productividad de frutos pobrísima, y asentados sobre pastizales asimismo pobres, con una alta proporción de musgos y muy poco estabilizados a causa de la escasa presión del pastoreo.

En fin, el cuidado del monte, del dosel arbóreo, es muy importante por todas estas razones; hay que recordar que la bellota es un alimento inmejorable para cualquier tipo de ganado, y, por lo que respecta a la encina, ésta «además de proporcionarnos su montanera y ramas en la época de más escasez de pastos en el año, ejerce su influencia beneficiosa sobre el clima, defiende el suelo contra la erosión y favorece la cría sobre todo del ganado vacuno de carne, sin posible competencia con cualquier otro tipo de explotación» (2). En efecto, el ramón de encina o de roble es un alimento de ración de hambre, pero es un recurso barato y que debe ser aprovechado al máximo. Para ello debe arbitrarse una densidad media en montes de encinas maduras no superior a los 50 pies por hectárea, y de alrededor de 60 pies para los montes de encinos. Las labores de olivo y desmoche deben hacerse tras la montanera, en pleno invierno, cuando sean más escasos otros recursos en la deheha, mientras que los arranques es conveniente hacerlos en verano, la otra época de escasez, tras los aprovechamientos de rastrojos, cuando al ganado le resulta tan agradable comer alimentos en verde.

En definitiva, si se consigue tener un monte bien limpio y con unas densidades medias del tipo de las recomendadas, y «suponiendo una riqueza de 0,4 ó 0,5 UA por kg. de bellota fresca, esto puede representar un alimento extra del orden de 200 a 500 UA/Ha. estratégicamente situadas en el otoño-invierno» (16). Esto quiere decir que una explotación de tipo medio y para un

año normal podría llegar a tener un montante en bellotas de alrededor de 50.000 UAs. (Unidad Alimentaria) (\*).

A pesar de estos recursos subsidiarios directos, la alimentación del ganado tiene que ser complementada con la aportación de forrajes o granos. Entramos así en *las alternativas sobre los cultivos*; estas alternativas se centran en dos puntos: ¿dónde aprovisionarse de estos recursos?, y ¿qué tipo de alimentos proporcionar al ganado? En este sentido, debemos pensar si es mejor producir forrajes en la propia finca o adquirirlos en el exterior; esta es la primera disyuntiva. Nosotros somos de la opinión de que la dehesa debe, en lo posible, autoabastecerse, almacenando los cultivos o el heno recogido; así, en primer lugar, es conveniente la siega y el almacenamiento de heno en los años de primaveras especialmente buenas. Por lo que se refiere a los cultivos, hay que olvidarse de los cultivos de exportación poco reemplazables como el girasol, e incluso el trigo, y dedicar las tierras de secano a cebada o forrajes en verde de avena-trébol subterráneo o veza-avena, sembrando una hectárea por cada 5 vacas de vientre. A este respecto, nos parece que debiera potenciarse el cultivo de forrajes en verde, porque sobre los suelos habitualmente ligeros que soportan a las dehesas parece más asegurada la cosecha en verde que para grano.

En el caso del regadío, la disyuntiva se centra en sembrar forrajes (alfalfa) o en dedicar el regadío a pastos naturales; la primera solución es más productiva, la segunda supone menos gastos y menos complicación en la gestión. La elección de una de estas dos posibilidades o su complementación dependerá de las condiciones particulares de cada explotación. En todo caso, una buena ordenación de los cultivos en las dehesas permitirá reducir la dependencia de estas explotaciones respecto a importaciones de forrajes incluso desde fuera de la región, con lo que esto supone de despilfarro (9).

La «rusticidad» de la explotación adhesionada, su plasticidad y el gran valor que en ella adquieren los autoconsumos es lo que le permite hacer frente a las crisis mucho mejor que las ganaderías intensivas, que se arruinan al hacerse muy negativa la relación entre precios percibidos/precios pagados más salarios, o al producirse —como en la actualidad ocurre— una manifiesta depreciación de la moneda nacional. Sin embargo, en el futuro de la dehesa salmantina debe atenderse a un aumento de las inversiones para aumentar su productividad, para prepararlas frente a un muy competitivo futuro, aun a costa de un indudable esfuerzo económico.

Estas inversiones que recomendamos deben hacerse siguiendo un orden de prioridades y atendiendo a las características y necesidades reales de cada finca. Así, lo más prioritario es una buena organización espacial de las explo-

(\*) La UA viene a suponer 1 kg. de cebada.

taciones, estructurando bien los cercados y dotando a cada cercado de puntos de agua, por cuanto que estas inversiones en charcas y cercados son imprescindibles para un manejo cómodo del ganado. Estas inversiones son preferibles en un orden de prelación a aquellas edificaciones (paneras, cochineras, embarcaderos, corrales...) que «en este tipo de fincas representan un capital inmovilizado de escasa rentabilidad por su propia utilización» (16). Asimismo, las inversiones en maquinaria también han de estudiarse con ponderación, porque a veces se da un afán hipertrofiador en este sentido, con máquinas que superan las posibilidades de la explotación, pudiéndose considerar éste un gasto que debe retrasarse en función de los que hemos considerado preferentes.

Por lo que se refiere a *la superficie de las explotaciones y a su régimen de tenencia*, pensamos que en el futuro la tendencia que se debe seguir es la propugnada por el profesor García Fernández para el campo castellano-leonés en sus explotaciones agrícolas de secano. Este autor entiende que la superficie mínima de los labrantíos tiene que superar las 100 hectáreas en secano (5), y nosotros pensamos que las dehesas no deberían estar por debajo de las 300 hectáreas, extensión mínima para que se pueda llevar una explotación ajustada con diversificación ganadera y posibilidades de estructuración adecuada de los diversos cercados o unidades funcionales de la finca. Asimismo, por lo que respecta al régimen de tenencia, también es recomendable que se vaya acabando con los arrendamientos parciales primero (dice poco en pro del carácter unitario e integral de la explotación adhesionada que los pastos y la labor se lleven, empresarialmente, por separado) y con el arrendamiento general, también en lo posible, por cuanto que es evidente que esto supone una merma en la productividad.

Por fin, quisiéramos acabar estas consideraciones haciendo una llamada a *la agilidad comercial* de los explotadores de las dehesas salmantinas en relación con la posible transformación industrial de alguno de los productos ganaderos. Hay que recordar que en el futuro próximo, con un aumento previsible de la competencia, cierta agresividad comercial será imprescindible para la salida fácil y oportuna de los productos. Y las comarcas de dehesas salmantinas se pueden convertir en pequeños centros que controlen una parte importante de estas producciones. Es cierto que para que pueda llevarse adelante esta expectativa, tal vez sea necesaria una transformación de la mentalidad de nuestros ganaderos, pero soslayando estas circunstancias, las cosas se divisan con buenas perspectivas, habida cuenta del potencial ganadero de estas comarcas y de su extensión a lo ancho de gran parte de la provincia salmantina.

Lo que está claro es que en el futuro la comercialización de los productos agrarios se hará especialmente tras su transformación (por ligera que sea

esta manipulación), que es cuando además se puede tener un cierto control sobre el mercado, lo que implica por otra parte fijar las plusvalías de la transformación en las zonas de producción agraria, mitigando, en cierta manera además, el éxodo rural, al favorecer con ciertas industrias de transformación o simples almacenes de manipulación a las cabeceras de comarca ganaderas.

En su tiempo Jambrina Alonso ya aclaró cuáles podían ser algunas de estas industrias (7); se refieren todas ellas a la transformación y almacenamiento de productos ganaderos: envasado de miel y productos derivados, industrialización de la leche de oveja y producción de quesos, mataderos frigoríficos, fábricas de embutidos, centros de selección y lavado de lanas, tenerías (transformación de cueros) y almacenes de pieles, y fábricas de piensos en bloques. A estas industrias se podrían añadir las que manipularan las leñas y carbones procedentes de las mismas dehesas. La mayoría de estos productos deberían basar su comercialización en una política de denominación de origen de productos de alta calidad.

## CONCLUSIONES

No se trata, en fin, en elegir para el futuro de la dehesa entre la disyuntiva de mantener una posición tradicionalista con una explotación más o menos autárquica o caminar hacia una explotación totalmente abierta en la que las importaciones y salidas foráneas ocupen la mayor relevancia, sino en mantener el esquema básico del estilo de aprovechamiento pero modernizando y racionalizando ciertos aspectos estructurales. Finalmente y resumiendo, la dehesa salmantina es un agrobiosistema muy equilibrado ecológicamente y rentable desde una perspectiva económica. Por ambas razones hay que defenderlo y mejorarlo. Para esta mejora habrán de tenerse en cuenta varios aspectos:

- La indudable diversidad de los paisajes adehesados a nivel geosistémico (12), de tal forma que en cada zona se prime una determinada explotación dentro del estilo básico de aprovechamiento.
- La virtualidad derivada de la diversidad de situaciones bioclimáticas, de manera que debe huirse de la uniformización absoluta de los pastizales.
- La mejora de estas explotaciones debe ser una mejora integral y equilibrada, que afecte por tanto a ganado, monte, cultivos, pastos y edificaciones, y basada fundamentalmente en la dinámica positiva que introduce en el sistema un adecuado manejo del ganado y una buena

estructuración de los aprovechamientos. Otras inversiones en edificios, abonados y maquinaria no son tan prioritarias.

- La atención a una superficie mínima viable, que nosotros ponemos en 300 Has.
- El interés en que se abandonen los arrendamientos parciales y se reduzca claramente el arrendamiento general como régimen de tenencia.
- La necesidad de una perspectiva comercial e industrial para estas zonas ganaderas.

JOSÉ MANUEL LLORENTE PINTO

## BIBLIOGRAFIA

- (1) BULLÓN INFANTE, F., y FERNÁNDEZ DELGADO, J.: «La explotación extensiva del cerdo ibérico». *El Campo*. Mayo-junio, 1976, núm. 57, pp. 46-64.
- (2) CRUZ GUZMÁN, E.: «La dehesa». *El Campo*. Mayo-junio, 1976, núm. 57, pp. 65-72.
- (3) CRUZ SAREDO, J.: «Bóvidos autóctonos de Salamanca. La raza morucha salmantina». *El Adelanto*. Salamanca, 10 de enero de 1983.
- (4) GARCÍA DORY, M. A.: «La utilización de razas autóctonas en los ecosistemas regionales, como factor de ahorro energético en la ganadería española». *Agricultura y sociedad*, núm. 15, abril-junio 1980, pp. 115-162.
- (5) GARCÍA FERNÁNDEZ, J.: *Desarrollo y atonía en Castilla*. Ariel, Barcelona, 1981.
- (6) GÓMEZ GUTIÉRREZ, J. M. y OTROS: «Descripción de una dehesa tipo». *Estudio integrado y multidisciplinario de la dehesa salmantina. 1 Estudio fisiográfico-descriptivo. 4 fascículo*. Salamanca-Jaca, 1982, pp. 5-83.
- (7) JAMBRINA ALONSO, J. L.: «La industrialización de las zonas ganaderas». *El Adelanto*. Salamanca, 16 de febrero de 1982.
- (8) JAMBRINA ALONSO, J. L.: «Normas generales para el aprovechamiento de los pastos». *El Adelanto*. Salamanca, 4 de noviembre de 1982.
- (9) JIMÉNEZ DÍAZ, L., y OTROS: «Producción de alimentos para el ganado y efectivos ganaderos en comarcas del centro-oeste de España». *Anuario del C.E.B.A.* Salamanca, 1977, pp. 319-341.
- (10) JIMÉNEZ DÍAZ, L., y OTROS: «Especialización ganadera y producción de carne en la región castellano-leonesa». *Anuario del C.E.B.A.* Salamanca, 1979, pp. 147-174.
- (11) «JOVELLANOS»: «Excedentes y balanza exterior deficitaria». *ABC*. Madrid, 12 de diciembre de 1982.
- (12) LLORENTE PINTO, J. M.: *Los paisajes adehesados salmantinos. Ensayo introductorio a la investigación sobre el paisaje*. Tesina de Licenciatura inédita. Universidad de Salamanca. Facultad de Geografía e Historia. Departamento de Geografía, 1983.
- (13) MARTÍNEZ GIL, F. J.: «El agua en el desarrollo agrícola y ganadero. El agua en la mejora de las explotaciones ganaderas». *El Adelanto*. Salamanca, 1 de julio de 1980.
- (14) MONTSERRAT RECORDER, P.: «Estructura y función en los agrobiosistemas». *Pastos*, 1972, pp. 128-141.
- (15) MONTSERRAT RECORDER, P.: «Aspectos ecológicos relacionados con el futuro de la dehesa de pastos». *Pastos*, 1980, pp. 5-11.
- (16) MUSLERA PARDO, E., y CRUZ GUZMÁN, E.: «Algunas consideraciones sobre la explotación de la dehesa extremeña, su problemática y posibles soluciones». *Pastos*, 1980, pp. 71-86.